

Los más declarados adversarios confiesan por sí mismos este hecho. Tan cierto es esto, que esa piedad rígida y artificial, que es la verdadera señal característica de una falsa religión, ⁽¹⁾ no encuentra boca suficiente para lamentarse de ello. En las esferas protestantes, casi ha pasado al estado de moda el censurar la ligereza de los pueblos católicos, ⁽²⁾ el gemir por la supuesta anomalía que existió en la Edad Media, cuando, en las guerras santas, en presencia de los paganos, se oraba y se ayunaba por la mañana, y, por la tarde, todo el mundo se divertía con fábulas, cantos y músicas. ⁽³⁾ No podemos responder otra cosa, á semejante interpretación de los hechos, que evidentemente proviene de falta de caridad cristiana, sino que, para nosotros, esos censores parece que no han aprendido á conocer el Cristianismo por su aspecto bueno, es decir, parece que no lo han practicado jamás seriamente; de otro modo, comprenderían mejor, sin duda alguna, de dónde proviene esa vida alegre, esa jovialidad infantil con la naturaleza, en una palabra, ese «Gemüth» franco, abierto, que distingue toda esfera verdaderamente cristiana y todo período de historia en la cual la fe ejerce su poder.

Otros han buscado á esto una explicación diferente, la cual es más equitativa, verdad es, pero que, sin embargo, difícilmente se comprende. Han atribuído este fenómeno á la influencia que el espíritu germánico ha ejercido sobre el desarrollo intelectual cristiano. Cierto es que semejante disposición de espíritu no nos impresiona tanto como en la Edad Media. Pero el que quisiese atribuir esto, ya al espíritu germánico, ya al espíritu de cualquier otro pueblo particular, se equivocaría notablemente. Mientras que los pueblos han vivido penetrados de un mismo sentimiento cristiano, se parecían, así en profundidad y en inferioridad, como en la alegría del «Gemüth».

No tenemos necesidad de encomiar el magnífico rayo

(1) Ambros., *Off.*, 3, 9, 58.

(2) Hertzog, *Real Encyclop. für protest. Theol. u. Kirche*, (1) VI, 542.

(3) Kuonrát, *Rolandslied*, 634 y sig., 650 y sig., 664 y sig.

de sol reconfortante que brilla en la mayor parte de nuestra literatura de la Edad Media. Si leemos, por ejemplo, en Wolfram, la historia del niño *Parzival* y de la pequeña *Obilot*; si leemos la *Infancia de Jesús* de Conrado de Fussesbrunn, ó la vida del bienaventurado *Enrique Susón* y la de la amable *Santa Isabel*, nos sentimos de nuevo transportados á los días de nuestra romántica juventud, cuando los pájaros conversaban con nosotros y encontramos placer en vivir. Una sola cosa impide que nuestro placer sea perfecto, á saber, el sentimiento de vernos tan alejados de esa profundidad de alma, de esa cordialidad tan pacífica, de esa ingenuidad y alegría infantil.

Ese mismo rasgo de «Gemüth» penetra también, en la Edad Media, toda otra literatura cristiana no germánica. ¿Quién no sentirá la misma impresión al leer las *Floreccitas* de San Francisco de Asís, las *Anécdotas* de los primeros hermanos de Santo Domingo por el francés Gerardo de Frachet, la *Historia de San Luís* por Joinville, las predicaciones y obras ascéticas de sus compatriotas Humbertus a Romanis y Peraldus, las inimitables vidas de santos y las crónicas que la Edad Media posee en tan gran número?

En aquel tiempo, las nieblas del clima inglés, al que hoy quieren atribuir todos los aspectos defectuosos del carácter de ese pueblo insular, no eran un obstáculo á esa alegría que ha llegado á ser proverbial, que ha valido á dicho país el sobrenombre de *alegre (merry England)*, aun después que la Reforma y el Puritanismo le han convertido, desde hace mucho tiempo, en el país del esplín. ⁽¹⁾ Es cosa deliciosa una relación hecha en una hermosa sociedad; es un placer cantar en la iglesia; tal es el resumen de lo que el inglés de la Edad Media se representaba como la cosa más satisfactoria. ⁽²⁾ La sola cuestión de inquirir la causa de la diferencia que hay entre ayer y hoy, daría materia á graves reflexiones.

(1) Hohoff, *Revolut.*, 259.

(2) Weismam, *Alexanderlied*, II, 478.

También en aquel tiempo, y aun mucho después, hasta nuestros días—como dice un hombre que conoce la materia á fondo, y no puede ser sospechoso de parcialidad—reinaba en España, según lo vemos en todas las antiguas descripciones de viajes, y según lo testifican todos los escritores españoles, desde el primero hasta el último, y á pesar de todos los supuestos terrores de la Inquisición, una satisfacción en vivir, tan alegre, tan franca, que apenas se comprende cómo han podido describir este país como la morada de la más sombría gravedad. ⁽¹⁾

Y como los españoles, eran los provenzales y los italianos, de los cuales se ha dicho que fueron, con los austriacos, el pueblo de la Edad Media más alegre en las fiestas. ⁽²⁾

Aun el carácter tan rebelde á toda formación del egipcio, ha experimentado, como lo vemos en las vidas de los Hermitaños del desierto, por la aceptación del espíritu cristiano, la más saludable transformación, de tal manera, que el dominio de sí mismos y cierta moderación, hasta entonces desconocidos, así como una disposición de espíritu más alegre y verdaderamente atractiva, reemplazaron en aquel pueblo la melancolía innata en el mismo y su tradicional aspecto defectuoso: la sensualidad inaudita.

En una palabra, encontramos en todas partes confirmado el hecho de que la verdadera gravedad, medida en el servicio de Dios, recompensa siempre al hombre, dándole un corazón alegre y el don de disponer su vida de manera que pueda pasarla en constante tranquilidad. Esto es lo que San Crisóstomo ha observado en los fenicios y sirios, tan inclinados á la melancolía, ⁽³⁾ y lo que los Jesuitas cuentan de los terribles indios del Paraguay. ⁽⁴⁾ Y aun en el día de hoy, según afirma uno que conoce perfecta-

(1) Schak, *Gesch. der dram. Lit. und Kunst in Span.*, (1) II, 37.

(2) Raumer, *Gesch. der Hohenstaufen*, (3) VI, 548. Cf. Hurter, *Innocent. III*, IV, p. 559 y sig.

(3) Chrysost., *Ad popul. Antiochen*, 18, 2.

(4) Charlevoix, *Paraguay*, 1, 51.

mente la condición humana, todos los viajeros de todas las confesiones dicen que, entre los chinos que han abrazado el Cristianismo, la expresión de la fisonomía ha cambiado por completo. Mientras que los chinos paganos manifiestan de la manera más desagradable el escepticismo, la ironía y una indiferencia desagradable, todos los que visitan una iglesia católica en China quedan agradablemente sorprendidos de la confianza, el respeto y la alegría que brilla en la fisonomía de los chinos cristianos. ⁽¹⁾

He aquí los hechos. Su explicación no puede ofrecer dificultad para el que no ha llegado á ser completamente extraño á la vida interna del alma. Jamás hombre alguno ha encontrado contento y alegría fuera de sí mismo. ⁽²⁾ Es preciso buscarlos en nosotros. Así como el motivo del descontento se encuentra en el propio corazón que no está en orden, ⁽³⁾ del mismo modo un sentimiento de alegría debe en todas partes apoderarse de las personas cuyo interior está en orden. ⁽⁴⁾

Por consiguiente, en esta reflexiva y dulce alegría sólo podemos ver que un corazón cristiano no se desespera jamás, aun en los días de su mayor aflicción, antes al contrario, es una nueva prueba de que allí donde el espíritu cristiano ha llegado á dominar por completo, allí hay que buscar también la humanidad completa, sana y satisfecha. Que al lado de esto, la práctica de una caridad activa, que es inseparable del Cristianismo viviente, suscita siempre, como recompensa directa, un corazón alegre y sereno, es una cosa demasiado natural para que nos detengamos en demostrarla.

Sobre esta cuestión, no podemos añadir nada mejor que lo que uno de los poetas más excelentes de la Edad Media decía á su hijo, al recomendarle que llevase una vida verdaderamente cristiana: «Hijo mío, si quieres que haya

(1) Hubner, *Voyage autour du monde*, II, 242.

(2) Augustin., *In ps.* 4, en. 8. Chrysost., *In ps.*, 4, n. 10. *In Rom.*, hom. 1, 18. *Ad popul. Antioch.*, 18, 1.

(3) Augustin., *Confess.*, 1, 12, 19.

(4) Augustin., *In psalm.* 42, en. 5.

orden en tu casa, tres cosas necesitas: disciplina, dulzura y bondad. Con ello, todo marchará bien. Y si entonces uno está contento hasta el punto de mostrarse afable con todos, no habrá nadie que no acepte de él cualquier cosa, y juntos reirán.» ⁽¹⁾

13. Los Santos como representantes de la vida del Gemüth.—Si lo que acabamos de decir se aplica á la vida cristiana en general, podemos suponer que también se encontrará en grado eminente en la vida de los Santos cristianos, en los cuales debemos siempre hacer la prueba. ⁽²⁾ Esta palabra, no lo disimulamos, es á propósito para producir cierta extrañeza, y esto no solamente entre los que sostienen el prejuicio de que una vida cristiana y una vida triste son una misma y sola cosa, como si la santidad y la humanidad fuesen como el fuego y el agua el uno en relación con la otra, sino también entre los que un poco de experiencia les ha procurado ideas más exactas. No se puede uno imaginar un fraile de otros tiempos, sino con la cabeza inclinada hacia adelante, la mirada dura y sombría, las maneras bruscas, incapaz de todo entusiasmo por la belleza, inaccesible á todo sentimiento de ternura. Con mucha más razón, ¿cómo representarse un santo, sino como un hombre completamente extraño á todas las cosas de la tierra, muerto á todo lo que hace mal ó bien á los cristianos ordinarios, desde largo tiempo desacostumbrado á todos los sentimientos que hacen desbordar el corazón de los otros de esperanza, de tentaciones y de alegría? ¡Pobres insensatos! ¡Bien se ve que todavía no han visto santos! Si el mundo se forma sus ideas sobre la santidad según los santos del puritanismo y del jansenismo, según los iluminados y regenerados quáqueros y metodistas, según los resucitados de los hermanos moravos y del pietismo, en este caso no nos extrañaremos de que no crea en un santo que á una legua de distancia no ofenda ya á la vista con su catadura agridulce, y con sus maneras

(1) *Der Winsbeke*, 49, 1 y sig.

(2) Digby, *Mores catholici or Ages of Faith*, 4, 2; I, 428.

repulsivas, si espera de todo personaje de esta especie que busque, con rigorismo cruel y con ataques violentos contra los pensamientos y las acciones del prójimo, una indemnización á los tormentos que se ha impuesto, y si piensa que basta echar una mirada sobre él para convencerse de que vive dentro de una camisa de fuerza, donde no puede moverse, sino artificialmente y con estremecimientos. Al hablar así, no pretendemos juzgar á los que están fuera de nuestras esferas; á sólo Dios pertenece juzgarlos; ⁽¹⁾ pero, en verdad, debemos negarnos á poner esos santos al lado de los nuestros, por lo que decimos á la faz del mundo entero, y Dios sabe si decimos la verdad: «Nuestros Santos son de otra especie.»

La señal característica de todos los que han llegado al perfecto amor de Dios, dice Santo Tomás de Aquino, ⁽²⁾ es una alegría excepcional é inquebrantable, una seguridad tan sorprendente, tan duradera, tan natural, tan infantil, que los hijos de este mundo, que, llenos de preocupaciones, caen bajo la influencia de esas almas, se sienten como escandalizados. Excesivos en su alegría, no atemperada por el contrapeso de una profundidad interior, excesivos en su abatimiento, que, al primer choque del dolor exterior, derriba al alma que no ha encontrado su equilibrio en ella misma y en el verdadero centro de la vida, en Dios, los hombres del mundo dependen de la impresión momentánea de la exterioridad y se dejan inclinar como espigas, á derecha é izquierda, al menor soplo. Apenas sospechan que puede estar uno alegre en la gravedad y sereno en el dolor. Pero los que se han cimentado en Dios, y, por el mismo hecho, en sí mismos, experimentan serenidad y alegría, aun en medio de las persecuciones y sufrimientos. ⁽³⁾ En ellos se realizan las palabras: «Una alegría constante reina en su fisonomía.» ⁽⁴⁾ Quien

(1) I Cor., V, 12, 13.

(2) Thomas, 2, 2, q. 28.

(3) II Cor., VII. 4. Act. Ap., V, 41.

(4) Is., XXXV, 10.

los ve, reconoce, aun en su exterior, que no dependen del mundo que los rodea, sino de la profundidad de su «Gemüth», de un Gemüth», en cuya profundidad no se levanta fácilmente una tempestad, desde que han edificado su vida sobre una base tan inaccesible á los elementos, sobre Dios. (1) De Dios nada tienen que temer; sus asuntos propios están en orden; ¿por qué, pues, no estar alegres? (2) No temiendo desde largo tiempo más que una sola cosa, disgustar á Dios, y no teniendo sino un solo pensamiento, agradar á Dios, comprenden, sin larga reflexión, lo que Dios exige de nosotros con cada prueba y cada sacrificio: un dador alegre (3) y un servidor solícito. (4)

Si alguna vez el reino de Dios, con toda su plenitud, con esa abundancia de dones que aparecen como contradicciones inconciliables (5) al mundo de estrechas miras, ha llegado á ser una verdad, es ciertamente entre ellos. Ahora bien, el reino de Dios no es solamente penitencia, (6) sino que, precisamente porque exige penitencia y gravedad, —el que pueda comprender, que comprenda— es igualmente justicia, paz y alegría en el Espíritu Santo. (7)

Podrá suceder que el mundo encuentre esto incomprendible é inconciliable; pero ello no impide que sea en realidad tal como lo decimos. La nota característica de la mayoría de los Santos es la alegría. (8) Entre algunos de ellos se manifiesta ésta de una manera particular. No hay nada de extraño en ello; cada uno posee sus dones particulares y su estilo propio; y así como cada noble facultad ha tenido sus héroes entre los Santos, del mismo modo los tiene el «Gemüth». Un héroe incomparable del «Gemüth»

(1) Antiochus, *Pandectes scriptur. hom.*, 118.

(2) Chrysostom., *In Matth. hom.*, 53 (54), 4. Bernard., *In Cant.*, 37, 3. Peraldus, *Summa virtut.*, 1, 1, 7, 10. Venet., 1571. I, 26 y sig. Ludov. Granat., *Dux peccat.*, II, c. 16-29.

(3) II Cor., IX, 7. Eccli., XXXV, 11.

(4) Psal., XCIX, 2.

(5) Danzas, *Études sur l'ordre de Saint Dominique*, I, 250 y sig.

(6) Matth., III, 2; IV, 17.

(7) Rom., XIV, 17.

(8) Lombez, *De la joie de l'âme chrétienne*, ch. 5.

fué nuestro Enrique Susón, quien, en lo tocante á plenitud y delicadeza de corazón, sólo tuvo por rival al seráfico Francisco de Asís. ¿Quién no se enternece viendo á ese Santo alemán, á la vez niño y caballero bajo el sayal, quejarse de Dios, con lenguaje lleno de amor, de haber sido seguido en todas partes de un corazón tierno, desde su nacimiento, de no haber visto jamás un hombre en la aflicción y en la pena sin experimentar una sincera compasión por él, de no haber podido jamás oír hablar de cosas que podían lastimar á alguien, y de hacer cuantos esfuerzos le eran posibles para contribuir en todo y en todas partes al honor del prójimo? «Me llamaban el padre de los pobres;—escribe de sí mismo—era el amigo particular de todos los amigos de Dios; todos los que venían á mí tristes y afligidos, encontraban consejos, y así podían volverse alegres y consolados. Por grande que fuese el dolor que algún hombre me causase, desaparecía prontamente si veía en él una sonrisa afable; todo lo borraba el nombre de Dios. Señor, no hablo de la humanidad, pero las necesidades y la tristeza de todos los animalitos, de todos los pajaritos y de todas las criaturitas de Dios, conmovían mi corazón desde que las veía y las oía; y si no podía socorrerlas, gemía y rogaba al Señor, dulce y caritativo, que lo hiciese por sí mismo. Todo lo que vive sobre la tierra ha encontrado gracia y dulzura en mí.» (1)

Pero aun cuando estas cualidades sólo se manifestaban de una manera particular en algunos Santos, son muy pocos los que no poseían algo de ellas. Y aun parece que se encontraban en grado extraordinario, precisamente entre los que el mundo las hubiera buscado menos. Si un joven santo, como el bienaventurado Berchmans, estaba poseído de una alegría tan excepcional que le llamaban el *Santo siempre alegre*, puede decirse, sin embargo, que es natural en un joven que para nada se cuida del mundo, que, en la inocencia de su corazón, ignora los remordimientos de la conciencia, y ve ante sí un porvenir risueño de es-

(1) *Heinrich Seuse, Exemplar 31* (Denifle I, 121 y sig.).

peranzas juveniles. Mas esta explicación no tiene ciertamente ningún valor en Antonio, el padre de los ermitaños, que fué el primero que concibió el pensamiento sublime de arrojar los demonios y las bestias salvajes de los desiertos, para reemplazarlos por colonias de soldados de Dios. De él se dice precisamente que, cuando estaba entre sus hermanos, y de improviso llegaban extranjeros que no le conocían, le descubrían inmediatamente entre todos los otros, pues la serenidad luminosa que brillaba en su rostro era tan visible, que no podían equivocarse. ⁽¹⁾

El abad Apolo ⁽²⁾ no consentía en manera alguna que ninguno de sus discípulos manifestase melancolía. «Los paganos y los servidores del mundo bien pueden estar tristes,—les decía,—pues razón tienen para ello. Más los justos que conocen á Dios y saben lo que de Él pueden esperar, deben ser fieles á la exhortación del Apóstol y estar siempre alegres. ⁽³⁾ Santa Teresa, que siempre estaba muy alegre, ⁽⁴⁾ tenía costumbre de hablar del mismo modo. ⁽⁵⁾

En el gran San Martín, en quien parecía revivir la fe y el don de milagros de Elíseo, la unión constante que tenía con su Dios no era un obstáculo que le impidiese aprovechar la ocasión exterior más insignificante para gastar una broma, pero una broma distinguida, alegre y edificante. ⁽⁶⁾ Santo Domingo conservaba tanta serenidad en medio de sus trabajos apostólicos, que todos creían ver brillar en su frente una aureola celestial. Consagraba el día á la alegría, y reservaba para la noche las lágrimas y las flagelaciones, por medio de las cuales lograba que el Señor mirase con piedad la miseria del mundo. ⁽⁷⁾ San Ro-

(1) Athanasius, *Vita Antonii Magni*, 16, 89 (Boll. Jan., I, 499).

(2) Palladius, *Histor. Lausiaca*, 52. Sozom., H. e. 6, 29. En Rufino (*Vita P. P.*, 2, 7) se llama Apolonio.

(3) Thessal., V, 16. Phil., IV, 4.

(4) Ribera, *Vita S. Theres.*, 4, 1, 6, 7 (Bolland. Oct., VII, 652).

(5) Ribera, *Vita S. Theres.*, 4, 12, 221, 225 (Bolland. Oct., VII, 700 y s.).

(6) Severus Sulpic., *Dialog.*, 2, 10.

(7) (Jordan. Saxon.) *Vita S. Domici*, 4, 75 y sig. (Bolland. August., I, 556). Humbert. a Romanis, *Vita S. Domin.*, n. 52. Mamachi, *Annal. ord. Prædic.*, I, 669, 678. *Append.* 294 y sig. Lacordaire, *Vie de S. Dominique*, c. 17, París, 1860 (6), 413 y sig.

mualdo, el fundador de la Orden tan severa de los Camaldulenses, y del cual los ciento veinte años que vivió son una prueba suficiente para demostrar que una vida mortificada y un alma libre de pasiones son un bien, aun para la salud del cuerpo, manifestaba en su ancianidad una alegría tan infantil y tan pura, que nadie, aun cuando tuviese el corazón lleno de amargura, podía verle sin sentirse él mismo dispuesto á la alegría. ⁽¹⁾

Lo mismo se dice de Santo Tomás de Aquino, ese profundo pensador, ese gran sabio, ⁽²⁾ lo mismo que de San Ignacio, ⁽³⁾ cuya gravedad apenas podría dar lugar á creer la realidad del hecho. San Pacomio conservó hasta los últimos momentos de su vida, tan rica en mortificaciones, el rostro resplandeciente y el aire fresco y alegre que le había caracterizado toda su vida. ⁽⁴⁾

Y aun leemos de un ermitaño del desierto de Escitia que cuando sus hermanos le creían ya muerto, abrió los ojos y se echó á reír con toda su boca tres veces seguidas, satisfecho de haber vivido y de morir contento según la voluntad de Dios. ⁽⁵⁾ Encontramos igualmente escrito de una religiosa desconocida que, en el momento de morir, dijo á las compañeras que la rodeaban. «Y bien, hermanas mías, reid, reid tanto como podáis.»—«¿Y por qué hemos de reír?—respondieron éstas.—Ninguna gana tenemos de hacerlo.»—«Pues yo sí tengo;—añadió la moribunda,—y si me amáis, es preciso que me ayudéis á reír, pues, sola, no me es posible dar libre curso al júbilo de que mi corazón se halla inundado.» ⁽⁶⁾

14. Deterioro de los espíritus por el mundo.—Es, pues, verdad, y tomada al vivo, lo que leemos escrito de la vida: Los adolescentes languidecen, se arrastran y caen marchitos cuando llegan á la juventud;

(1) Petr. Damian., *Vita S. Romualdi*, 53, 67.

(2) Guil. de Thoco, *Vita S. Thomæ*, 6, 37.

(3) Bartoli, *S. Ignazio*, 4, 26 (Firenze, 1831, II, 280).

(4) *Vita S. Pachomii* (*Vita P. P.*, I), c. 53.

(5) *Vita Patrum*, 3, 159; 5, 11, 52.

(6) V. numerosos ejemplos en Thom. Cantiniprat. *Ap.*, 2, 50, 8 y sig.